

tomar la ofensiva en todas partes, lanzarse por todo el mundo representando la cruzada de la libertad. Este era un proyecto audaz, pero comprensible; en vez de esperar el ataque era lógico anticiparse, colocando al pueblo en el camino de la reivindicación de sus derechos.

Luis XIV tomó la ofensiva contra toda Europa; no la esperó, se fué hacia ella. ¿La Francia hubiera retardado su marcha cuando podía avanzar por la fuerza de un sublime principio, bajo la bandera de la libertad del mundo?

Brissot propuso la declaración de la guerra y se acordó por unanimidad el 1.º de Febrero.

Con esto terminó la equívoca situación de Francia, que ni tenía paz ni tenía guerra, y arrancó la patria del poder de los que, como Dumouriez, querían envolverla en una funesta trama.



CAPITULO III

Triple peligro de la Francia.—Lion, Bretaña, Bélgica (Marzo del 93)

Dumouriez se niega á marchar sobre el Rhin.—Adula á los belgas.—No quiere solicitar su apoyo.—La Gironda no quiere forzar á los belgas.—Dumouriez cree engañar á Europa y es él quien se engaña.—La Gironda quiere sustituir á Dumouriez, colocando en su lugar á Miranda.—Vida de Miranda.—La Gironda no tiene otro remedio que sostener á Dumouriez.—Propósitos de la Gironda contra Austria, Italia y España.—El plan de Dumouriez.—Los austriacos fuerzan nuestras líneas.—Fuga de patriotas liejeses.—Movimiento de Lion.—Los realistas de Lion llámense girondinos.—Disgusto general contra los girondinos á quienes se acusa de los peligros que sufre la patria.—Su respeto á la legalidad, aumenta el peligro de la situación.—La Comuna enarbola la bandera negra (9 de Marzo del 93).

Sin duda alguna, quien ante la historia aparecerá con mayor responsabilidad, es Dumouriez. La Francia sufrió pesar amargo al confiar á tal hombre la cruzada de la libertad.

En tres meses, hizo dos cosas distintas: dejó que en sus manos desapareciera el heroico ejército de Jemmapes é inutilizó nuestra conquista de Bélgica, porque cuando el enemigo se presentó ya esta estaba para nosotros perdida.

Sufrió entonces Francia un nuevo golpe, la Vendée, del que pudo escapar practicando el Terror contra ella misma, operación espantosa que la salvó momentáneamente, la perdió para el porvenir y al mismo tiempo la libertad del mundo se difirió medio siglo.

La Bélgica no debía significar más que un paso para Dumouriez.

El ejército llegó jadeante, conmovido ante su victoria, joven, lleno de esperanzas, creyendo que debía marchar hacia el Rhin. El general mismo había dicho: «El día 20 de Noviembre estaré en Lieja y el 30 en Polonia.» Pero no pasó de Aix-La-Chapelle y el 12 de Diciembre estableció aquí sus cuarteles de invierno.

Custine, que había perdido á Francfort, escribíale carta sobre carta

para lograr que se pusiera en movimiento. El consejo ejecutivo (en el que dominaban entonces los girondinos) envióle órdenes terminantes, y para animarle puso al ejército de Moselle (intermediario entre Dumouriez y Custine) á las órdenes de Bournonville, amigo de Dumouriez. Nada se consigue. Dumouriez declara que presentará su dimisión antes de avanzar un paso.

«¿Qué podía hacer?—dice en sus memorias. Se había permitido al enemigo que se estableciera en Luxemburgo, entre mi fuerza y Custine. ¡Lo hubiera podido dejar detrás de mí, pero seguramente hubiese comprometido á mi ejército!...»

Si, pero no avanzando comprometiais á Bélgica, como lo demostraron los acontecimientos. No secundando á Custine, comprometiais á nuestros amigos del Rin, que se habían comprometido y perdido por nosotros.—Habéis dicho que fuisteis cobarde y esto tampoco lo creo.

«¿Qué hubiera hecho?—añade—sin víveres, ni forraje; mis caballos morían de hambre. Nada se me enviaba desde Francia.» En otro pasaje de sus memorias, leo que, cuando menos, le enviaban su paga. No puedo decir nada más.

Pero aquí se encuentra precisamente el fondo de la cuestión. A Dumouriez se le sorprende en flagrante delito...

Dumouriez debía apoderarse de Bélgica como de un instrumento, como de un arma para libertar á Alemania. Era como la vanguardia. Lieja no pedía otra cosa. En Flandes debía organizar la Revolución, de suerte que los bienes de los curas, de los nobles emigrados, sirviendo de hipoteca al asignado, alimentasen al ejército.

«¿Y qué derecho tenía á disponer de los bienes de Bélgica?» El derecho de la sangre derramada en Jemmapes, el derecho de la emancipación del Escaut, ajustada al precio espantoso de la guerra con Inglaterra. Esta causa fué precisamente la que provocó los odios de la Gran Bretaña con nosotros y esta razón invocó siempre Pitt contra Francia. No pudo ver sin terror la resurrección de Amberes, la bandera de la libertad y de la Revolución frente á Londres.

No, cuando la Francia emprendía para Bélgica y para el mundo, la guerra que desde el 95 al 1815 le costó diez millones de hijos, los belgas, no podían escatimar un puñado de monedas. Era necesario elevar el espíritu; despedirse de Francia, cerrar los ojos y lanzarse á esta carrera de sacrificios, de heroísmo, de abnegación, cuyo inapreciable fin era la conquista de la libertad humana. Era esto muy bello para sentir tantos escrúpulos. Así lo comprendió y lo demostró Lieja cuando de diez mil electores, todos, excepto cuarenta, solicitaron la anexión á Francia.

El alma de Bélgica, su verdadero genio, fué Danton, quien dos veces, el 22 de Enero y el 1.º de Febrero, pidió á la Convención la unión de las dos naciones. Y no expresaba Danton solamente el sentimiento de Lieja y de la Bélgica francesa, sino el pensamiento de toda la costa

marítima, de Ostende y de los puertos. Si habló el Escaut, se expresó como Danton.

Dumouriez opuso obstáculos á todo. Desde su llegada á Bruselas, cuando pudo exigir á Bélgica el precio de la sangre derramada por ellos, los aduló, los lisonjeó, aconsejándoles que se gobernaran ellos por ellos, es decir, que escogieran entre la Revolución y la tiranía.

El, mantuvo á Bélgica en completa desorganización, impidiendo que tomara una actitud decidida, sosteniendo no se qué equilibrio entre los aristócratas y los patriotas, entre los amigos y los enemigos. Los patriotas en gran número en el Este, Oeste, Lieja y el litoral, andaban escasos en el centro y muy débiles además. Era necesario fortificarlos enviándoles nuestros guardias nacionales que se reclutaban en los departamentos del Norte, una emigración compuesta de ardientes republicanos. Dumouriez hizolo así.

¿Cómo veían esto los girondinos? Girondinos eran entonces los que gobernaban los comités de la Convención. Mostráronse muy escrupulosos, es decir, incapaces.

«¿Qué hacer—decían—si los belgas no quieren venir con nosotros? Obedecer la soberanía del pueblo; son soberanos como nosotros, no podemos forzarlos... ¿Qué hacer?»

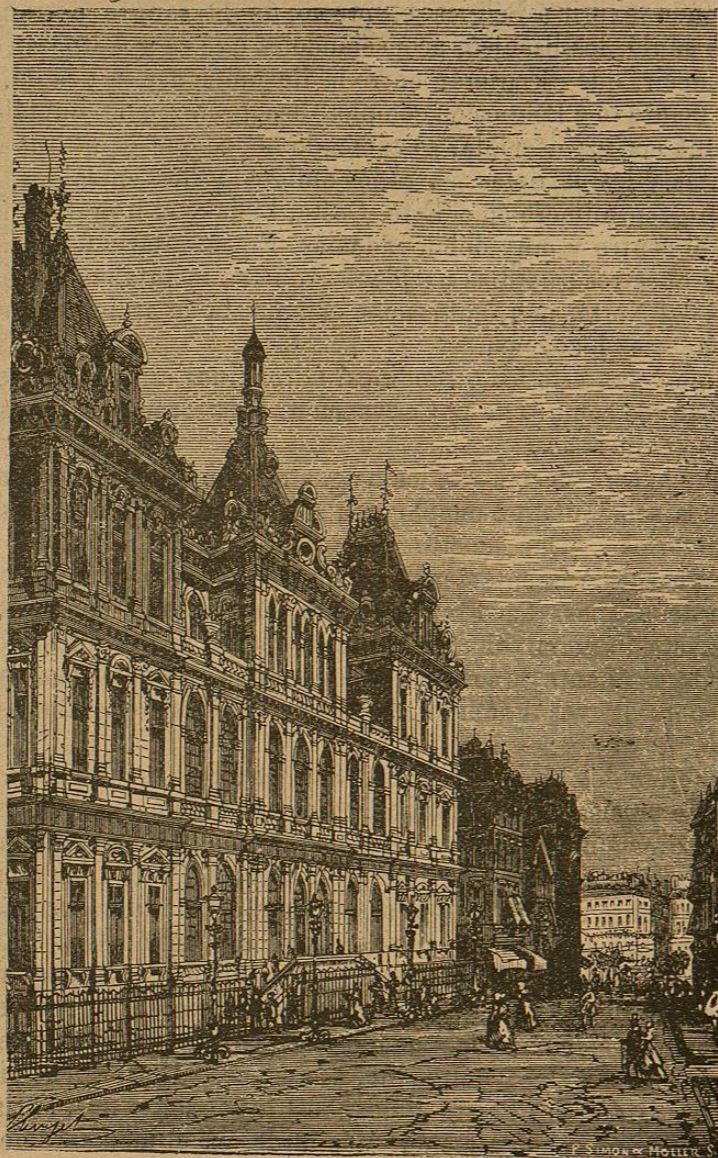
¿Qué hacer? Aparentemente era necesario deshacer lo que se había hecho en Jemmapes. La Francia gastó sus hijos y sus millones en vano. El veto de un millón de flamencos, detuvo la Revolución del mundo; el grito disonante de los belgas, que no se entendían entre sí, prevaleció sobre la voz unánime de treinta pueblos que llamaban á la Francia.

El decreto del 15 de Diciembre, esta poderosa máquina, se puso en movimiento precisamente cuando Dumouriez reveló sus propósitos funestos. Se proclama la cruzada revolucionaria, el llamamiento universal y Dumouriez entra en sus cuarteles de invierno (12 de Diciembre).

Este hombre creyó que iba á engañar al mundo. Escribía á cada momento memorias y más memorias engañosas, innobles... Su vanidad de diplomático ahogó completamente su prudencia política. Creyó que había adormecido á Prusia con sus memorias dirigidas al rey en Brunswick. Después de Jemmapes, cuando iba á entrar triunfalmente en Bruselas ¿qué hizo? Escribe, bajo mano, al austriaco Metternich, diciéndole que la conquista de los Países Bajos, restituyéndolos á Austria, puede ser la base de una sólida amistad. Más tarde, en el momento de invadir Holanda, por medios indirectos, comienza á negociar con los ingleses. Todos hacen como que lo creen y se preparan. No tardará en ser sorprendido y arrojado vergonzosamente de Bélgica.

Nada honra más á la Revolución, al candor, á la sinceridad de los partidos revolucionarios, que el injurioso cuadro que presenta Dumouriez. Lo hemos visto en París negociando con todos y siendo mal acogido en todas partes. No pudo engañar á nadie por que todos eran gentes

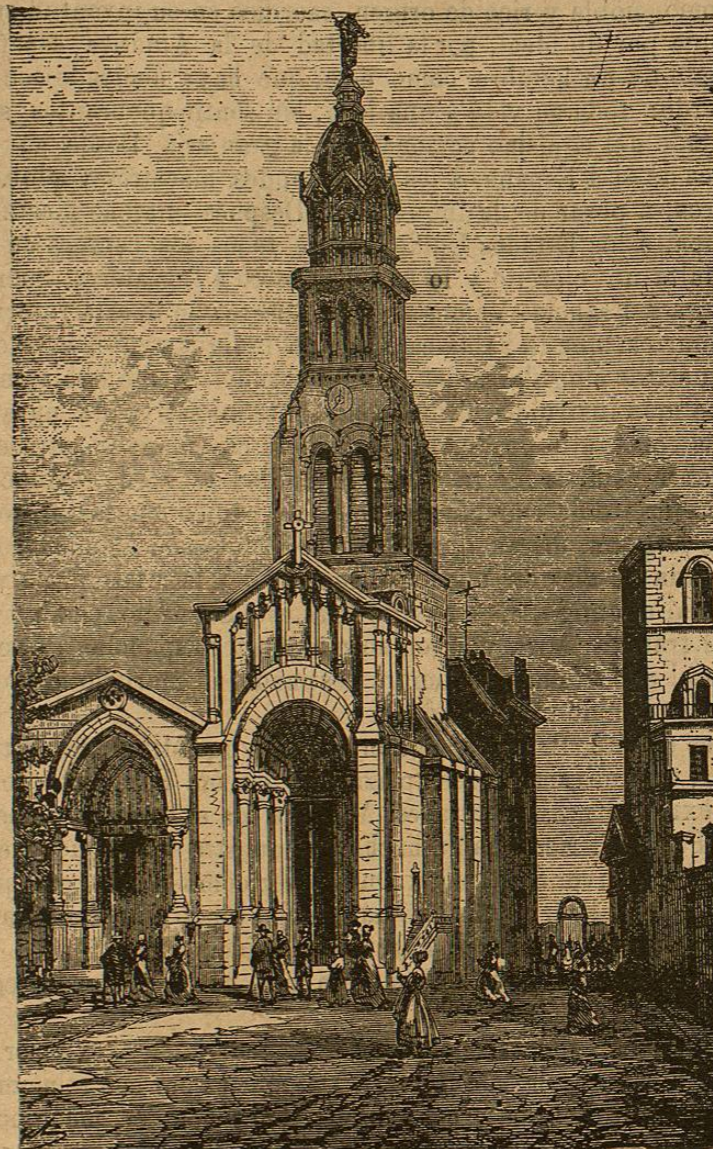
nobles, enemigos de la deslealtad. No había más que un lenguaje común: el de la honradez.



Palacio de la Bolsa (Pág. 382)

Nada consiguió sobre Cambon, nada obtuvo de los jacobinos. Estos, en todas partes, querían un gobierno revolucionario: Dumouriez no era su hombre. Los girondinos querían que la propaganda fuese revolucionaria, la cruzada universal. Dumouriez tampoco era su hombre. Ha-

cía falta un general más entusiasta, de más fuego en la sangre, que calculara con menos prudencia acerca de los medios materiales, pero



Nuestra Señora de Fourvières

convencido, creyendo en las victorias de la fe, un noble Don Quijote de la Revolución. Finalmente se logró encontrarlo. Era el amigo de Pétion, de Brissot, un teniente de Dumouriez, exvoluntario de Washington: Miranda de Caracas.

Que nos sea permitido decir algunas palabras para contribuir á la gloria del infortunado Miranda, á la gloria del carácter español, dignamente representado en él en su vida y en su muerte. Este hombre austero, heroico, noble y rico de origen, sacrificó en su juventud su reposo y su fortuna por un ideal, por la libertad de la América española. No hay ejemplo de un hombre como éste, que haya dedicado con más fe, con más ardor toda su vida á una idea, sin sentir quebrantos, sin debilidad, alejado del egoísmo personal, de la granjería. Desde su infancia llamó cerca de sí á España, á los más grandes maestros y adquirió hermosos libros, á pesar de la Inquisición. Después, marcha á estudiar por toda Europa, á los Estados Unidos, sobre todos los campos de batalla. Le hacía falta un ejército y lo pidió, primero á Inglaterra. Suena el 89 y se entrega á Francia. Vamos á ver la suerte que le está reservada.

Dumouriez, que lo había calumniado indignamente, tuvo que confesar los méritos singulares del general español. Nadie había más valeroso, nadie más instruido. Tenía la brillante iniciativa de nuestros generales, el más alto grado de la firmeza castellana y otra cualidad fundada sobre esta, la fuerza y la profundidad de su fe revolucionaria. Cuando el ejército de Dumouriez, presa del pánico en las famosas termópilas de Argona, de las que Miranda decía ser el Leonidas, corrió á la desbandada en alas del miedo, Miranda fué á la retaguardia y se colocó frente al enemigo. Esta sangre fría, este heroísmo, es algo opuesto al carácter francés. Miranda, con su morena tez española, altivo y sombrío, tenía el aspecto de un hombre destinado al martirio más que á la gloria. Había nacido infortunado.

A fines del 92, Brissot y Petion, querían que Miranda sustituyera á Dumouriez, que el español reemplazara al gascón. Para esto, lo hemos dicho ya, existían mil dificultades. Miranda era extranjero y apenas conocido en Francia. Nada había hecho en nuestro país que fuera sorprendente, llamativo. Sustituir á Dumouriez como general en jefe hubiera sido escandalizar al mundo, dar mucho juego á la Montaña. Ni un solo teniente de Dumouriez le habría obedecido.

Los girondinos estaban en mayoría aún, en casi todos los comités, en el ministerio.

La principal responsabilidad de lo que ocurría en el exterior pesaba sobre ellos. Por sospechoso que fuera Dumouriez por sus relaciones con los aristócratas de Bélgica y por sus relaciones con los jacobinos y los terroristas de París, no había otro remedio que sostenerlo. ¿Qué digo? Apoyarlo en público, recabar respetos para el hombre que llevaba la espada de la Francia, pronta á desnudarse.

En las reuniones que celebraron con Miranda, encontráronse en desacuerdo con sus ideas. El quería tomar la defensiva sobre el Rhin, la ofensiva en Holanda. Ellos todo lo contrario. El asegura que, antes de llamar la atención de las naciones, sobrábale tiempo para escamotear á Holanda. Creyeron ellos con razón que, antes que él pudiera realizar

esto, sería advertido por Prusia y Austria, batiéndole sobre el Mosa. Tampoco se mostraron conformes con la invasión de Holanda en tres meses, por que no podía hacerse más que dividiendo la fuerza y descubriendo el Mosa y Lieja, esto es, perdiendo lo que se había ganado, como así ocurrió.

Durante mucho tiempo Brissot amenazó á Inglaterra. Conocía Brissot perfectamente la historia de este país, y sabía que se había engañado asimismo con su falsa revolución. Este pueblo hubiera muerto si su aristocracia no le hubiera abierto todas las puertas del mundo, facilitándole el paso de todos los mares. Brissot creía, lógica y razonablemente, que los ingleses imitarían la Revolución de Francia. Pensando cuerdamente, se equivocó Brissot.

Otra de las razones que exponía Brissot, es la siguiente: «Los pueblos que han tenido ya la fortuna de hacer la revolución religiosa, no pueden ser enemigos de la revolución política; los ingleses, holandeses y alemanes, son nuestros amigos naturales, como pueblos protestantes. Es contra los católicos, contra el fanatismo del Mediodía, de Austria, de Italia, de España y las colonias españolas donde debemos llevar nuestras armas.»

Nada podía ser más lógico en teoría. Prácticamente nada había más equivocado.

Brissot y los girondinos hubieran querido dar tres golpes al mismo tiempo: en el Rhin, Italia y España. Existía ya el ejército de Italia, quizás más numeroso que el de Bonaparte en el 96, pero desgraciadamente menos aguerrido. Kellermann, que lo mandaba, confiaba mucho, sin embargo. Cuando salió de la Convención, dijo: «Me marchó á Roma.» En cuanto al del Rhin, la actitud de Dumouriez negándose á cooperar con Custine un movimiento, obligaba á aplazar las operaciones; desobedeció la orden de invadir á Holanda, entreteniéndose para esquivar la guerra y sostener la desorganización del ejército que dejó en Lieja y Aix-la-Chapelle.

Vió á los prusianos que partieron el 30 y entraron en Cleves. Vió á los austriacos, fuertes sobre el Rhin y el bajo Rhin, fuertes en el Luxemburgo, llamando un cuarto cuerpo de ejército en socorro de Holanda.

Un pequeño río, el Róer, los separaba de los franceses. Estos, dispersados, divididos, ninguna plaza tenían á sus espaldas. Su primer golpe era caer sobre Lieja. En ausencia de Valence (el hombre que Dumouriez envió á París), dejó el mando de una columna á Miranda, sin indicar siquiera donde se reunirían los cuerpos en caso de ataque; él mismo confiesa su imprevisión. No le dió más instrucciones si no que tomara Mäestrich, que según él, debía rendirse al disparar la tercera bomba. Miranda disparó cinco mil. Puede creerse, sin hacer una conjetura aventurada, que Dumouriez conocía la parcialidad de los jacobinos en favor del general español y por lo mismo quiso que, si alguna derrota se había de sufrir, fuese Miranda quien la sufriera, pretendiendo humillarlo.